



Espero eliminar la idea, amplia y acriticamente sostenida, que las ciudades son una especie de gran accidente y que sólo responden a alguna ley inmutable. Sostengo que la voluntad humana podrá ejercitarse efectivamente en las ciudades, de manera que la forma que adopten será verdadera expresión de las más elevadas aspiraciones de nuestra civilización.

Edmund Bacon¹

¿Podrán los arquitectos revertir las propuestas y, en lugar de servir a una sociedad conservadora que actúa sobre nuestras ciudades, dejar que la ciudad por sí misma actúe sobre la sociedad?... ¿Podrá constituirse el espacio en instrumento pacífico de transformación social?

Bernard Tschumi²

Ambas aseveraciones captan el impulso esencial detrás de la planeación urbana moderna, es decir, que la acción humana concertada —directamente a través del conocimiento profesional de los planificadores, respaldados por un contexto institucional (generalmente asociado con el Estado) y guiado por un proceso racional y sistemático— podrá transformar el paisaje urbano. Si la modernidad buscó

Reseña de los libros:

- Decker, Thomas (2000). *The Modern City Revisited*. Londres y Nueva York, Editorial Spon.
- Fishman, Robert (Coord.) (2000). *The American Planning Tradition: Culture and Policy*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Freestone, Robert (2000). *Urban Planning in a Changing World: The Twentieth Century Experience*. Londres, E & F.N. Spon.
- Kolson, Kenneth (2002). *Big Plans: The Allure and Folly of Urban Design*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

* Quiero dedicar este trabajo a mi abuelo Albert Leidenberger, arquitecto y planificador urbano. Agradezco los comentarios y revisiones de mi colega Elias Huaman. Gracias también a Timothy Gilfoyle y, siempre, a Yael Bitrán.

Una versión previa de este texto será publicado en el *Journal of Urban History* (Editorial Sage Periodicals, Newbury Park, EUA). Agradezco a esta editorial su permiso de publicar este texto en castellano, a la Maestra Gabriela Paloma Ibañez Villalobos, Jefa del Departamento de Evaluación del Diseño de la UAM-Azcapotzalco por el financiamiento de la traducción y al traductor Lauro Medina Ortega de la empresa Tlatolli Olin.

1. Citado en John Allan, "Lubetkin and Peterlee", Decker, p. 123.

2. Citado en Allan Cunningham, "The Modern City Revisited", Decker, pp. 248-249.

transformar la ciudad yendo en pos “de las más elevadas aspiraciones de nuestra civilización”, también buscó la armonía de esta última con la naturaleza y, en el intento de equilibrar vida urbana y vida rural, deseó mejorar la vida humana en términos físicos, estéticos y sociales. El orden de estos tres adjetivos no es casual; uno de los supuestos básicos de los planificadores urbanos fue que la transformación del ambiente natural era esencial para elevar el nivel y la calidad de vida de los individuos y de las sociedades en su conjunto. En efecto, el espacio fue concebido como “instrumento pacífico de transformación social” y, en ocasiones, se le vio explícitamente como una alternativa para el cambio revolucionario.

No obstante, y como lo sugiere el tono condicional con que Bernard Tschumi se plantea la primera interrogante, el escepticismo, cuando no la desilusión, desplazó tales ambiciones utópicas de los arquitectos y diseñadores modernistas. La manipulación del espacio urbano que realizan los arquitectos no ha dado como resultado transformaciones profundas de la sociedad, antes por el contrario ha llevado a la consolidación de sus fuerzas “conservadoras”. Y, como lo indica la voz pasiva que usa Tschumi en su segunda interrogante, los planificadores han perdido confianza respecto al papel que les toca desempeñar para efectuar cambios sociales positivos. La llegada de la posmodernidad, que cuestiona la mayoría de las premisas clave de los modernistas, y el asalto que el neoliberalismo hace sobre la planeación coordinada desde el Estado han creado una sensación de confusión y desconcierto entre los planificadores urbanos. Al mismo tiempo, estos desarrollos han sido un acicate para redefinir las prerrogativas y el campo de la planeación; la historia constituye un elemento clave en ese esfuerzo.

Este es el contexto de reorientación donde hay que entender los cuatro volúmenes sobre historia de la planeación urbana. Ellos mismos se ubican en el discurso contemporáneo de la posmodernidad, están comprometidos con la búsqueda de un pasado provechoso, en necesidad de inspiración al tiempo que tratan de distanciarse del modernismo “clásico” imperante en el movimiento de *Ciudad Hermosa* de Daniel H. Burnham, de *Unidades Residenciales* de Le Corbusier y la *Ciudad Jardín* de Ebenezer Howard. Hace cien años la planeación urbana definió sus premisas, hoy se esfuerza para equilibrar la necesidad de una reorientación fundamental y la aceptación de sus raíces históricas. Quizá debido a que predominan los no-historiadores entre los cerca de cuarenta autores aquí representados —muchos de ellos arquitectos, planificadores, sociólogos y especialistas en educación y políticas públicas—, los textos vinculan estrechamente sus investigaciones históricas con las preocupaciones relativas al estado actual de la planeación urbana.

Más allá de este marco común, los cuatro libros —tres de los cuales son antologías— se aventuran en distintas direcciones, aunque interrelacionadas. Muchos de los capítulos en los volúmenes de Freestone, Deckker y Kolson aportan una visión panorámica de la evolución de la planeación urbana en el siglo XX. Ponen de manifiesto los aspectos más sobresalientes y los paradigmas clave de la planeación, al tiempo que examinan sus aplicaciones prácticas en varios países y continentes. La antología de Deckker se centra en los aspectos de la forma construida de la planeación moderna e incluye numerosos estudios de caso sobre lo funcional, estético, socioeconómico, lo mismo que sobre las dinámicas políticas implicadas en el diseño de unidades habitacionales, áreas de residencia y regiones urbanas. El libro de Freestone cubre una gama temática am-

plia, incluyendo discusiones sintéticas, al tiempo que presta gran atención a cuestiones políticas (como los mecanismos de difusión internacional de las ideas de planeación, multiculturalismo y neoliberalismo) y análisis del discurso. Por su parte, el volumen de Kolson, única publicación con un solo autor, constituye un recuento más personal y crítico de la planeación modernista. La antología de Robert Fishman se aventura más allá de los dominios del urbanismo para incluir artículos sobre planeación social, regional y medioambiental.

Los cuatro volúmenes se centran en el mundo noratlántico, especialmente Europa y Estados Unidos. De acuerdo con su “meta narrativa”, la planeación modernista se originó sobre todo en Inglaterra y Francia, adoptada y sustancialmente transformada en Estados Unidos, y exportada selectivamente a otras partes de Europa (Alemania, Países Bajos e Italia), al imperio británico (Canadá, Australia y Nueva Zelanda) y a otras periferias como la Unión Soviética y Brasil. Mientras las ediciones de Freestone y Deckker incluyen todas estas regiones, el volumen de Kolson estudia casi exclusivamente Estados Unidos, al tiempo que el de Fishman lo hace totalmente.

Muchos de los trabajos que aquí se presentan evalúan el estado actual de la planeación urbana en términos de las posibilidades y los desafíos que representa el posmodernismo. De acuerdo con Raphaël Fischler, por ahí de 1960 el discurso de la planeación se alejó del concepto que implicaba garantizar las necesidades materiales básicas de la gente, su “nivel de vida”, para desplazarse hacia una insistencia en promover la “calidad de vida”. Así, la planeación cambió su centro de atención hacia la subjetividad de los residentes urbanos y sus distintos “deseos”, a los cuales la modernidad, en su urgencia de objetivación científica, dejó de lado.

En este proceso de cambio cualitativo, la posmodernidad, como Fischler y otros muestran, abandonó la agenda de materialismo esencial y cuantificable de su predecesor. Asimismo, tuvo que democratizar el proceso de planeación al involucrar la participación directa de la “población receptora” de políticas. Como sintetiza Freestone, el cambio posmoderno trajo como consecuencia una planeación más diversa, específica para cada identidad, “post-euclidiana”, que se vio obligada a insertarse en un proceso político más amplio (Freestone, p. 10).

En términos específicos, ¿qué elementos constituyen una agenda de planeación posmoderna? Bordando sobre el trabajo de Dolores Hayden y Leonie Sandercock, Susan Thompson (Freestone) concibe la ciudad contemporánea, particularmente Sydney, en términos de una diversidad de espacios urbanos que adquieren significado a través de las respectivas identidades culturales y sexuales de sus residentes.³ De igual manera, John Lang percibe el diseño de la ciudad en términos de capas múltiples, cada una de las cuales busca responder a segmentos particulares de la población y a satisfacer funciones diversas (vivienda, transporte, ocio, etc.). A diferencia de Thompson, Lang reflexiona sobre la tarea, nada sencilla, de “meter todas estas capas en un sólo paradigma” (Freestone, p. 95).

Varios autores sugieren que la planeación urbana posmoderna necesita con urgencia una concepción y agenda unificada. Fischler sostiene que el rechazo reciente que la planeación tiene para for-

3. Dolores Hayden, *The Power of Place: Urban Landscapes as Public History*, Cambridge, 1995 y Leonie Sandercock, *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities*, Chichester, 1998 y también de este último, *Making the Invisible Visible: A Multicultural Planning History*, Los Angeles, 1998.

mular demandas objetivas y cuantitativas le ha impedido generar propuestas de políticas específicas: “resulta agradable reconocer la multiplicidad y subjetividad de las aspiraciones personales, sin embargo, sigue siendo necesario racionalizar la evaluación de las condiciones de vida y la distribución de los recursos” (Freestone, p. 147). Argumenta que, la meta modernista de garantizar niveles de vida básicos sigue siendo relevante (observación particularmente cierta si uno considera regiones no incluidas en estos textos). De manera más extensa, Brendan Gleeson y Nicholas Low sostienen que la crítica democrática radical de la planeación (que ellos encuentran ya en los escritos de Karl Mannheim de los años cuarenta) ha “minado [sus] bases... sin restablecer una visión clara del futuro” (Freestone, p. 271).

La necesidad de definir una agenda con los elementos señalados aparece como particularmente seria dado el clima político que cuestiona las premisas básicas de la planeación. Gleeson y Low, por ejemplo, hacen un recuento sombrío de los efectos que ha tenido una política nacional virulenta de desregulación y privatización en Australia durante el decenio de 1990. La Política de Competencia Nacional (*National Competition Policy*) de ese país abrió procedimientos de acreditación para el sector privado y prosiguió con la privatización de la infraestructura pública, minando con ello el control normativo que ejercían los planificadores públicos. Como señala Freestone, una vez más la planeación urbana topa con el desafío que sus fundadores modernistas enfrentaron hace un siglo: la necesidad de argumentar contra los mecanismos de autorregulación del *laissez-faire*.

No obstante, algunos autores proporcionan una interpretación de la planeación urbana bastante compatible con la agenda de la política neoliberal. Al criticar el discurso contra el crecimiento desor-

denado, Robert Bruegmann subraya la naturaleza inevitable de la expansión urbana multi-centrada y aboga por la preferencia que predomina entre la población para mudarse hacia las orillas: “nuestro sistema urbano es simplemente demasiado grande y complejo para que lo entendamos, dejemos que se arregle solo” y exhorta a los planificadores para que tomen más en serio las “opciones democráticas” de los individuos (Freestone, p. 171). De forma similar el argumento central de Kolson se apoya en la crítica de una supuesta agenda de planeación elitista (sea el modernismo continental, la Ciudad Jardín, el movimiento de Ciudad Hermosa o enfoques más recientes, como la promoción de la planeación, renovación urbana o nuevo urbanismo). Kolson afirma que los “grandes planes” tienden a ignorar las preferencias personales por lo vernáculo y por las “situaciones” prácticas, y que de entrada niegan a la gente su capacidad para que ella misma encuentre “soluciones ingeniosas a problemas complejos”. En cierto sentido los enfoques libertarios de Bruegmann y Kolson son compatibles con las preocupaciones posmodernas, responden al llamado que éstas últimas hacen apelando a la subjetividad y diversidad, es decir: denle a la gente lo que quiere y no interfieran políticamente.

No es de sorprender que la evaluación que estos autores hacen de la agenda posmoderna, sus inclinaciones políticas hacia el neoliberalismo y sus ideas básicas sobre la naturaleza de la planeación conforman su visión del pasado, específicamente, su interpretación del legado de la modernidad. Kolson y Bruegmann, evidentemente en minoría con respecto a los autores aquí representados, hacen recuentos escépticos de la agenda que tiene la planeación modernista. Para ellos, al igual que para muchos de los críticos más moderados, como Jane Jacobs y Rem Koolhaas, la crítica fundamental de

la modernidad constituye un punto de partida.⁴ La gran manzana y monolítico urbano dedicado a una función singular, la concepción de la calle como arteria con tráfico único, la supuesta arrogancia e indiferencia de los planificadores profesionales, hasta la mera noción de una ciudad planificable constituyen los elementos centrales de la crítica de Kolson que, en última instancia, se convierte en un cuestionamiento fundamental de la validez y factibilidad de la agenda modernista de planeación urbana.

La mayoría de los autores reconoce la importancia que tuvo la ruptura por parte de la “Escuela de Nueva York” con lo que en ese momento constituía básicamente una historiografía auto-complaciente y enfocada en los grandes personajes de la planeación urbana (Freestone) y se acercan al modernismo con gran respeto y condescendencia. Esto resulta cierto especialmente para el volumen de Deckker, cuyos capítulos combinan crítica puntual del legado modernista y un “sentido de pérdida” al compararlo con las tendencias actuales en planeación (Deckker, XI).

Parte de su crítica se centra en la ceguera histórica de los planificadores contemporáneos respecto al pasado modernista. Bernd Nicolai (Freestone) increpa a los arquitectos contemporáneos en Berlín por no poner suficiente atención al legado modernista de esa ciudad. Como señala el recuento que hace Andrew Higgot (Deckker) del rediseño urbano de Birmingham, durante los decenios de 1950 y 1960 dicha ciudad industrial absorbió rápidamente el impulso modernista—lo cual significó la destruc-

ción de 2,000 fábricas, 2,500 talleres y 30 mil viviendas— para luego rechazarlo con igual intensidad hacia el decenio de 1980. Al discutir la remodelación arquitectónica reciente de unidades habitacionales modernistas en Países Bajos, Robert Doctor (Deckker) describe formas específicas de cómo esos sitios pueden ajustarse a las necesidades y normas posmodernas sin violentar *in toto* sus orígenes modernistas (de manera que el re-diseño de Bijlmermeer, Ámsterdam, regrese a la mezcla de las funciones de residencia y trabajo, “reacoplando” caminos con espacios públicos, poniendo a nivel los caminos elevados y haciendo más disfrutables las vastas áreas verdes con que cuentan las unidades, al colocar construcciones bajas rodeadas por los edificios altos originales). Doctor observa la presente postura historiográfica hacia el modernismo como un asunto de “conservación”, lo cual compele a establecer un equilibrio entre integridad histórica y necesidad de tomar una posición y cambiar. Quizá la gran confluencia de la planeación urbana y del movimiento pro-patrimonio, como lo señala David Hamer (Freestone), ayude a incrementar el respeto que los planificadores posmodernos tienen por el pasado modernista, una empresa irónica, por supuesto, dada la fama que la modernidad tiene por descartar el precedente histórico.

¿Cómo se acercan los historiadores a los orígenes de la planeación urbana moderna? Muchos de ellos comienzan por ubicarse en alguno de los extremos del Canal de la Mancha para colocarse en la Ciudad Jardín anglo-sajona o la variedad continental del modernismo. Los volúmenes de Freestone y Kolson se sitúan, con mayor naturalidad, en la primera tradición mientras que la antología de Deckker opera en la segunda. El texto de Fishman, debido en parte a su perspectiva más amplia en relación con la planeación, no pone mucha aten-

4. Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities*, Nueva York, 1961 y *The Economy of Cities*, Nueva York, 1969; Rem Koolhaas, *Delirious New York*, Nueva York, 1978.

ción a ninguna de las dos. No obstante que la mayor parte de los autores se centra en aquello que divide a los dos movimientos, quisiera comenzar subrayando el común denominador de ambos. Cuando uno considera aplicar alguna de estas ideas de planeación en un lugar y época específicos, predomina más el impulso compartido de la planeación modernista que su divergencia. Esto es especialmente cierto cuando se le observa a la luz de la posmodernidad ya delineada.

La planeación urbana modernista, de cualquier cuño, quedó definida por una meta común, a saber, el deseo de integrar la forma urbana con el ambiente natural (Sorkin, en Deckker). Y, así lo hizo, de una manera “moderna”, rechazando la nostalgia e incluso las soluciones historicistas (no obstante, el movimiento de la Ciudad Jardín mostró afinidad hacia los ejemplos históricos) y tratando de responder a las innovaciones tecnológicas del día. Según Peter Hall (Freestone), el surgimiento de dos nuevas tecnologías, el tranvía eléctrico y el automóvil, permitió una reconceptualización radical del equilibrio entre desarrollo urbano y rural (curiosamente, sólo un artículo, el de Jeffrey M. Diefendorf (Freestone), está dedicado al transporte). Mientras que el interés de los seguidores de Howard para integrar la vida urbana con la naturaleza es evidente, no sucede lo mismo con el modernismo de Le Corbusier. Sin embargo, dado que el diseño de edificios altos daba lugar a espacios abiertos en los alrededores, los críticos del modernismo, como Jacobs y Koolhaas, desdeñan la aportación del mismo al denunciarlos como lugares estériles, aburridos y “anti-cívicos”. Las interpretaciones revisionistas en el texto de Deckker rechazan esa noción y, por el contrario, subrayan su validez y ciertamente su diseño fundamentalmente modernista; eran mucho más que simples “áreas verdes”, sostiene James

Dunnett, constituían una parte integral de la conceptualización que el arquitecto suizo tenía del espacio, la luz y la forma, así como su deseo por combinar un arreglo denso para vivir con la posibilidad de contemplar el paisaje natural abierto. John Gold, John Allan y Thomas Deckker llegan a conclusiones similares en relación con los diseños modernistas en la Unión Soviética, Inglaterra y Brasil, respectivamente.⁵

No obstante su interés compartido de armonizar la ciudad con la naturaleza, los modernistas británicos y continentales ofrecieron soluciones distintas. Como Sorkin afirma de manera acertada, Howard, Raymond Unwin o Clarence Stein, en su intento de “domesticar” la naturaleza anticiparon un “simulacro de lo silvestre” (Deckker, x) y ubicaron de forma dispersa nuevos asentamientos en el campo y los disimularon con un estilo vernáculo al lugar. Su solución consistió en un arreglo habitacional poco denso, de baja altura, generalmente de una sola casa que maximizara el contacto con el paisaje natural. Por su parte, Le Corbusier buscó “darle formas geométricas a la naturaleza” (Deckker, X) por medio de una estética que reflejaba el ánimo de reducir la naturaleza a formas puras, sobre todo rectilíneas. Como ya hemos visto, los modernistas continentales diseñaron edificios altos para vivienda que concentraran gente en dirección vertical, a manera de liberar espacios amplios, abiertos, verdes. De acuerdo con Jon Lang, ambas corrientes también difirieron en sus fuentes de información; mientras los modernistas de la Ciudad Jardín basaron su propuesta en el empirismo histó-

5. Maurits Van Rooijen (Freestone) explora el tema de los espacios verdes abiertos en las ciudades, en relación no con la vivienda sino con los parques públicos.

rico, bosquejando especialmente en el precedente de la pequeña villa campirana, sus homólogos continentales llegaron a sus soluciones a través de un proceso racionalista y ahistórico. Finalmente, el planteamiento de Dennis Hardy (Freestone) respecto de la relación que existe entre planificar utopías y el “mundo imperfecto” que las rodea, contrasta la visión pragmática, abierta, de la Ciudad Jardín con el enfoque más rígido e inflexible del modernismo continental.

Una mirada a las concepciones modernistas de la morfología urbana como un todo también revela serias diferencias entre los promotores de la Ciudad Jardín y los seguidores del *Congrès Internationaux d'Architecture Moderne* (CIAM). La Ciudad Jardín o *New Town*, como se le conoció en su reformulación de posguerra, estaba considerado como una comunidad esencialmente independiente que integraba todas las necesidades humanas básicas y las funciones sociales. Al mismo tiempo que contribuía a la dispersión de asentamientos y aliviaba el congestionamiento y descomposición urbana de las ciudades industriales —una preocupación por parte de reformistas a principios del siglo XX—, dichas comunidades, señala Paul Adamson (Deckker), seguían integradas a una estructura metropolitana centrada en la ciudad principal. En contraste, las unidades residenciales de los modernistas continentales estaban casi exclusivamente dedicadas a la vivienda y, por tanto, constituían partes dependientes de la gran ciudad. En este caso la infraestructura de transporte resultó crucial para vincular estas zonas residenciales densamente pobladas con sitios de trabajo, educación, ocio, comercio ubicados en otras áreas de la zona metropolitana. En este sentido, John Gold (Deckker) sostiene que los modernistas del CIAM vieron al transporte como elemento clave para maximizar la comunicación entre los ha-

bitantes urbanos, la cual se consideraba un elemento básico para lograr la armonía social.

Aún así, en la práctica, la diferencia entre los New Towns británicos y las *Unités d'Habitation* continentales parece poco significativa, pues la mayor parte de los New Towns supuestamente independientes devinieron en nuevos suburbios dependientes durante el periodo de la posguerra. En la medida que las ciudades luchaban por satisfacer una enorme demanda de vivienda por parte de la generación de los *baby-boomers*, la planeación negó los elementos distintos a la vivienda que habían sido centrales a las concepciones originales de Howard, Unwin y Stein. Ya fuera en Birmingham, Inglaterra, el norte de Italia o Estados Unidos, los nuevos satélites residenciales no proporcionaron infraestructura social como escuelas y centros cívicos y, lo más importante, oportunidades de empleo. En efecto, como Dirk Schubert (Freestone) sugiere, la falta de atraer industrias a los nuevos sitios de residencia es crucial para entender el gradual fracaso de la Ciudad Jardín. Desafortunadamente, la historiografía de la planeación urbana, a juzgar por lo menos a partir de estas cuatro publicaciones, presta poca atención al asunto de la ubicación de la industria urbana y, generalmente, refleja el exagerado énfasis que pusieron los planificadores en la vivienda.⁶

Al centrar su atención en la vivienda, los planificadores abandonaron la visión integral de un paisaje urbano que privó en sus primeros predecesores del siglo XX; visión que postulaba a la ciudad como un espacio coherente organizado de acuerdo con criterios objetivos. La evaluación de los problemas y su solución se basaba, como Freestone hace notar, “en un compromiso conceptual con un modelo totaliza-

6. No obstante, como Richard Harris y Robert Lewis han mostrado re-

dor: el acento en la lógica, orden, ciencia, [y] racionalidad” (Freestone, p. 8). En palabras de Allan, la planeación urbana modernista siguió una concepción del espacio urbano “como composición, como expresión tridimensional coherente de edificaciones, caminos, paisajes y detalles naturales orquestados en el espacio” (Deckker, p. 116). El uso que se hiciera de esos espacios se concebía en términos funcionales, donde la vivienda, el trabajo, el comercio y el transporte —como lo proponía el CIAM— constituían cuatro elementos clave. Los planificadores modernistas podían diferir entre sí respecto a la distancia que debía mediar entre los espacios, pero concordaban en asignarle una zona distintiva a cada uno de ellos. Como sugieren varios autores, el problema de la zonificación no está en la idea como tal —como en el caso de críticos *Jane-Jacobinos* como Kolson, quien insiste en la necesidad de mezclar funciones en un espacio dado— sino en la subsiguiente fragmentación profesional. Le Corbusier, sostiene Allan (Deckker), postula que para el arquitecto la vivienda y el terreno son dos elementos distintos del diseño y del espacio, y marcó su separación física colocando pilares en las edificaciones para elevarlas. No obstante, también consideró la interacción entre ambos, insistiendo con ello en un diseño integral de todo el complejo edificación/terreno. Fue posteriormente que estas áreas evolucionaron hasta convertirse en preocupaciones separadas y descoordinadas, lo cual también resultó en cierto olvido por el diseño del terreno, contribuyendo con ello a la naturaleza apagada del terreno abierto.

cientemente, la instalación de industrias pudo haber sido, en general, un factor decisivo en la preferencia de la gente para instalar su vivienda. Véase Richard Harris y Robert Lewis, “The Geography of North American Cities and Suburbs, 1900-1950: A New Synthesis”, en *Journal of Urban History*, vol. 27, marzo, 2001, pp. 262-292.

Si los planificadores modernos compartieron una concepción funcionalista del espacio (urbano), también pensaron en términos modulares. Las unidades de vivienda social, el vecindario y la ciudad como una totalidad constituida por unidades básicas, repetitivas. Schubert (Freestone) muestra el uso extenso del paradigma residencial entre los planificadores de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, tanto del CIAM como del campo del New Town. Esta noción también tuvo eco en las perspectivas urbanísticas de la Unión Soviética durante el decenio de 1920; en el modelo de crecimiento lineal que constituyó la base de una propuesta de reestructuración radical de Londres durante los años de entre guerras, y en los patrones de asentamientos regionales en Estados Unidos, propuestos por Ludwig Hilbersheimer en el decenio de 1950, como lo muestran, respectivamente, Catherine Cook, Gold y Adamson (todos ellos en Deckker).

Aunque los planificadores modernos compartieron supuestos básicos respecto de la organización del espacio urbano, al mismo tiempo había diferencias considerables, las cuales reflejaban su ubicación geográfica y cultural más que su “militancia” en una escuela específica. Así, el supuesto lenguaje universal del modernismo estaba muy influido por el contexto local. El Racionalismo del norte de Italia, por ejemplo, constituyó una variante idiosincrásica de los principios modernistas. De acuerdo con Judi Loach (Deckker), el proyecto suburbano *Quartiere Triennale Otto* (QT8), en Milán, construido a la postre de la Segunda Guerra Mundial, hizo uso de técnicas de construcción local, principalmente artesanales, al tiempo que respetó la tradición nacional de usar espacios verdes y mantuvo la multi-funcionalidad y centralidad de las calles en el diseño de sus vecindarios. Y la Brasilia de Lucio Costa, sostiene Deckker, representó

una reinterpretación local de las ideas originales de Le Corbusier, especialmente respecto a su “acercamiento lírico” cuando ajusta las construcciones al lugar natural. Retomando de manera más sistemática el tema de la difusión internacional, Stephen Ward (Freestone) proporciona una tipología útil para describir los mecanismos de diseminación de los principios de la planeación, que pasaron de su punto de origen (sobre todo Europa Occidental) hacia otras regiones del planeta. El poder económico y político relativo de los países que interactuaban fue la variable clave, sostiene Ward. Entonces los países en desarrollo y las ex-colonias fueron sujetos de una imposición del modernismo con muy pocas posibilidades de negociar sus aplicaciones. Aún así, los estudios respectivos de Higgott y Docter sobre Birmingham y Amsterdam (ambos en Deckker) revelan que, con frecuencia, incluso países del Primer Mundo se dejaron llevar por una imposición más bien acrítica de las ideas modernistas, especialmente en la época inmediatamente posterior a la guerra.

El caso de Estados Unidos es único (¿y cómo podría ser de otra forma?). Con todo y que en muchos sentidos era un receptor de las ideas de planeación que se originaron en el Viejo Continente, las adoptó de forma selectiva y en ese proceso las transformó radicalmente. Como resultado, los planificadores estadounidenses vieron reducido el papel que desempeñaban de “donadores de forma” a “moderadores sugerentes”, que intentarían darle curso a un desarrollo urbano básicamente privado y regional. La planeación, insisten varios autores, no estuvo para nada ausente en Estados Unidos (especialmente en la primera mitad del siglo XX), sin embargo, ciertos factores estructurales y una cultura política idiosincrásica centrada en la sociedad civil redefinieron drásticamente y, en muchas ocasiones, minaron sus concepciones esenciales.

Antes de indagar en la naturaleza de su excepcionalidad, es importante señalar la existencia y relevancia de una “tradición estadounidense en planeación” (*American Planning Tradition*) para tomar prestado el título del volumen de Fishman. En relación con los planes modernistas de vivienda, Estados Unidos se mostró muy receptivo ante las ideas de Howard y Unwin, como se reflejó, por ejemplo, en las actividades de la *Regional Planning Association of America*, que fundaran Henry Wright y Clarence Stein en 1923. De acuerdo con Schubert (Deckker), al diseñar unidades residenciales como la de Radburn, Nueva Jersey, el planificador urbano Clarence Perry no sólo adoptó los conceptos británicos de Ciudad Jardín sino que avanzó sobre las propias ideas de un movimiento de reforma social urbano estadounidense de principios de siglo (el llamado *settlement house movement*). Asimismo, al incorporar el uso del transporte automotor en el diseño de la comunidad Radburn los planificadores estadounidenses “americanizaron” el concepto de Ciudad Jardín (Deckker, p. 123). El estudio de Kolson también investigó el intento de instrumentación de una gran variedad de ideas de planeación en Estados Unidos, que van del Suburbio Jardín de “Shaker Heights” en Cleveland y su movimiento de Ciudad Hermosa, de la época progresista, al “coqueteo” de esta ciudad con unidades residenciales al estilo Internacionalista después de la Segunda Guerra Mundial.

Entonces, lo que parece ser excepcional en el caso de Estados Unidos no es la ausencia de planeación sino la forma particular que tomó y el contexto donde fue negociada. El volumen de Fishman adopta una definición de planeación que abarca iniciativas regionales y sociales, plantea cómo factores estructurales generales dieron forma a este proceso.⁷ El ensayo de Michael Lacey (Fishman) atri-

buye la naturaleza fragmentada y poco visionaria de la planeación al federalismo estadounidense; como ejemplos maneja el esquema de Albert Gallatin para una infraestructura nacional a principios del siglo XIX y la política medioambiental/regional del presidente Teodoro Roosevelt durante la época progresista. En última instancia, esta división constitucional de poderes impidió la cooperación entre los gobiernos federal y estatales malogrando así una política de planeación nacional. En su lugar emergieron municipalidades con visión obtusa como las protagonistas principales. No es un Estado débil como tal, sugiere Lacey, sino su forma constitucional y cultural específica a la que se debe atribuir la excepcionalidad estadounidense.

Una característica clave de la planeación en Estados Unidos es la peculiar centralidad que le otorga a la sociedad. Fishman ofrece el concepto de la “conversación urbana”, enraizado en la sociedad civil Tocquevilleana, como pieza central en la formulación del diseño municipal. Al afirmar el papel protagónico de las municipalidades en la planeación del siglo XIX y de principios del XX, el autor presenta una imagen “color de rosa” de un proceso de negociación esencialmente consensuado y socialmente incluyente. De forma similar, Kolson identifica agentes inmobiliarios y residentes de zonas suburbanas como principales agentes de planeación; son ellos quienes crearon zonas residenciales, las cuales estaban lejos de representar el anhelo norteamericano por el individualismo, al imponer a sus miembros una notable homogeneidad social, racial e incluso de estética arquitectónica. Al igual que los primeros colonizadores que se embarcaron en

el *Mayflower*, los propietarios de vivienda se circunscribieron voluntariamente a convenios suburbanos muy restrictivos. Los vecindarios y ciudades estadounidenses no carecieron de planeación; lo que las distingue de los casos europeos fue el papel clave que desempeñaron los agentes sociales.

La contemporánea ciudad de Portland, Oregon, proporciona un caso donde una cultura política particular local contribuyó a una agenda de planeación visionaria, integral y progresista. Como consecuencia, Carl J. Abbott (Fishman) sostiene, Portland escapó a un crecimiento descontrolado que experimentaron la mayor parte de las ciudades estadounidenses, manteniendo una metrópoli compacta centrada, que incluye un centro que disfruta de una vida pública vital. Más que cualquier otro factor, sostiene, fueron cruciales los “esfuerzos públicos deliberados” para que se cumpliera ese destino. A diferencia de Fishman y Kolson, Abbott subraya el papel relevante que desempeñaron las agencias municipales y estatales para impulsar esta particular conversación urbana. Asimismo, este autor es mucho más específico respecto a los mecanismos por medio de los cuales los planificadores urbanos vinculados al Estado trabajaron a la par de la sociedad civil politizada para generar una agenda de planeación. Como lo muestra Margaret Weir (Fishman), las iniciativas de la sociedad civil también podían operar en contra de la planeación. Al discutir el destino de una propuesta, hecha en el decenio de 1970, para una Ley Nacional de Planeación de Uso del Suelo (*National Land-Use Planning Legislation*), la llamada Propuesta Jackson, la autora atribuye su fracaso a una división insuperable entre renovación urbana y defensa del medioambiente. Lo que estuvo presente en Portland, estuvo ausente en este caso: la capacidad de hacer coaliciones entre la sociedad civil.

Si bien el caso de Portland no es el más típico de la época de posguerra en Estados Unidos, el fracaso en la planeación del uso del suelo sí lo es. La mayor parte de los autores concuerda en que hubo un declive en la historia de la planeación en dicho país a mediados del siglo XX. La Edad de Oro en planeación metropolitana, como la postula Fishman, terminó cuando el gobierno federal incrementó su intervención alrededor del decenio de 1930. Los planificadores profesionales, que previamente se habían sumando muy bien a la conversación urbana, ahora se aliaban con el gobierno federal, cuyas políticas estaban orientadas hacia una restricción del crecimiento, no tomando en cuenta a las ciudades y se mostraron complacientes con los intereses de las corporaciones. En el ámbito de la planeación residencial, también la perspectiva se hizo obtusa. Adamson (Deckker) subraya el contraste entre planes multidimensionales y socialmente conscientes, como en el caso de Radburn en los años veinte, y los modelos limitados de desarrollo suburbano lineal de Hilbersheimer en la época de posguerra. Estos últimos planes básicamente aceptaron el predominio del mercado privado de la vivienda y no pudieron modelar la región metropolitana como un todo, que, por el contrario, devino en un crecimiento descentrado.⁸

Lo que se fue por la borda en las ciudades estadounidenses fue una visión integral de la planeación que abarcara la totalidad de una región metropolitana y equilibrara una diversidad de factores sociales, culturales y medioambientales. La lección positiva que dejó el caso de Portland no se utilizó para otras ciudades, esto es, entender las regiones como sistemas complejos que combinan centros y orillas. Abbott

concluye que temas como “la revitalización del centro de las ciudades, conservación vecinal y manejo del crecimiento suburbano no son opciones que podemos ver por separado” (Fishman, p. 256). Otras colaboraciones en el volumen de Fishman abogan por la necesidad de una visión integral para la planeación regional. El texto de Anne-Whiston Spirn sobre Boston —básicamente la reimpression de una ponencia de 1985— hace un llamado para una agenda de planeación multi-propósito que combine el manejo de agua, vivienda y desarrollo vecinal con el fortalecimiento de la vida pública. De igual forma, el análisis que hace James Wescoat Jr. en relación con el lugar que tienen las “cuencas en la planeación regional”, expone el error histórico de no vincular la planeación de la cuenca de los ríos (orientada a la navegación pluvial) con políticas preocupadas por los ecosistemas ribereños. De manera más general, las intenciones de combinar planeación física con planeación social pronto se desintegraron para centrarse sólo en un aspecto. Como lo muestra Alan Brinkley, el Consejo de Planeación de Recursos Nacionales (*National Resources Planning Board*), que se constituyó con el *New Deal*, pronto se limitó a temas socioeconómicos, dejando de lado una incipiente preocupación por el crecimiento físico de las regiones (el trabajo de Brinkley hace eco de las políticas del Consejo en cuanto que nunca menciona qué sucedió con la agenda de recursos físicos original).

La planeación en Estados Unidos no va necesariamente (y no lo hace ciertamente en ninguna parte) en pos de objetivos loables, como lo deja ver con particular fuerza el caso de políticas motivadas por cuestiones raciales, que generalmente estuvieron diseñadas para fomentar la segregación entre negros y blancos. Nuevamente, ésta fue tarea básica de la sociedad civil y no del Estado. Así, Kolson

7. También véase el planteamiento sintético de John L. Thomas (Fishman) sobre la tradición de planeación regional estadounidense.

8. El ensayo de Thomas (Fishman) sobre planeación regional describe un declive similar en el periodo de posguerra.

describe los convenios residenciales que evitaron la incursión de propietarios negros de vivienda propia o de alquiler. La legislación para zonificar los municipios y los créditos federales para vivienda durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial sólo contribuyeron a dichos esfuerzos. En algunos casos, como en el Nuevo Orleans de los años cincuenta, la agenda de planeación municipal emergió debido a preocupaciones raciales. Como muestra Arnold Hirsch (Fishman), la política de planeación de esa ciudad mantuvo viva la norma de "igual pero separados" ante las reformas que se avecinaban gracias a los derechos civiles. Mas, en algunos casos la planeación fue en pos del objetivo contrario, el de buscar la integración racial de áreas residenciales. Como lo muestran Judith Martin y Sam Bass Warner Jr. (Fishman), durante el decenio de 1970, el suburbio de Oak Park en Chicago adoptó una política de consejo coordinador municipal para el mercado de la vivienda con el fin de evitar la suerte que habían corrido la mayor parte de los suburbios vecinos: la estampida de los blancos ante el arribo de los residentes negros. La historiografía de la planeación en Estados Unidos requiere de más trabajos como éste, para llegar a conclusiones más sistemáticas respecto a cómo los temas raciales han desempeñado un papel en el diseño urbano y a generar una literatura complementaria de enfoques con una orientación más social-histórica, como el estudio de la ciudad de Detroit en la posguerra, de Thomas J. Sugrue.⁹

Como lo deja ver la discusión sobre los aspectos raciales, la planeación urbana siempre ha sido una tarea que implica alta dosis de política. Ello es natural, dado que propone ser "una intervención pública ilustrada para el mayor bien social" (Freestone, p. 8). Queda, sin embargo, por establecer quién define el "mayor bien social" y quién forma parte

de lo público que intervendrá. Como hemos visto, la planeación ha emanado de agencias gubernamentales lo mismo que de la sociedad civil. De aceptar una sensibilidad posmoderna que nos alerta sobre procesos más democráticos y multiculturales para la toma de decisiones, surge la pregunta clave de cómo puede operar el conocimiento de los profesionales, es decir de una élite, en el contexto de una política más amplia y participativa. Varios autores abordan esta temática crucial, si bien, desde mi punto de vista, no aciertan a examinarla con suficiente detenimiento. El recuento optimista que Fishman hace sobre la conversación urbana que parte de la sociedad civil, parece retomar el tema que nos preocupa aquí. Sin embargo, el autor nunca indaga acerca de los mecanismos precisos o los agentes individuales o colectivos que participaron en la negociación. Como resultado, su interpretación está más cercana a la nostalgia y, en última instancia, a una visión acrítica de una supuesta época dorada de la democracia municipal estadounidense. Al discutir sobre las ciudades canadienses durante la primera parte del siglo XX, Gilbert A. Stelter (Freestone) también arroja luz sobre las relaciones entre planeación urbana, en este caso el movimiento de Ciudad Hermosa, y la movilización de la sociedad civil. Pero, al igual que Fishman, asevera el surgimiento de una política ampliamente democrática sin mencionar a quiénes incluía y a quiénes excluía, ni en qué términos. Lo que se requiere, entonces, es una historia social más precisa de las políticas de planeación urbana.

No se trata sólo de un asunto de historia, antes bien se trata de una cuestión que se encuentra

9. Thomas J. Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*, Princeton, 1996.

en el centro del dilema contemporáneo que implica redefinir una agenda de planeación posmoderna, es decir, la temática que toqué al inicio de este ensayo. Como lo establece Fischler, "estamos obsesionados con las diferencias y, sin embargo, de alguna forma tenemos que encontrar reglas colectivas para actuar de común acuerdo" (Freestone, p. 153). Las visiones posmodernas cuestionan las normas tradicionales del debate público, y reconociendo la diversidad cultural y nacional de las regiones metropolitanas presentes, hacen un llamado, como lo hace Thompson, para establecer "espacios de ciudadanía insurgente" (Freestone, p. 236) o, en el caso de Allen J. Scott, ampliar el alcance del concepto de ciudadanía, no limitándolo al derecho adquirido por nacer en un Estado nacional sino como "atributo civil obtenido gracias a la residencia en algún lugar particular" (Freestone, p. 264). Asimismo, aciertan al aseverar la necesidad de redefinir la naturaleza geográfica de cualquier entidad política dada. Como Scott sostiene, en la economía globalizada de nuestros días no son los Estados nacionales ni las municipalidades los actores determinantes, sino las ciudades-regiones; esta nueva realidad socioeconómica, afirma el autor, tiene que traducirse en una agenda política efectiva. Antes bien, ¿cómo nos desplazamos de estas realidades hacia la formulación de un bien común en nombre del cual debemos intervenir públicamente? Necesitamos urgentemente una conversación urbana, pero una que, no obstante poner atención a las diferencias, nos permita acordar términos comunes para el debate y avanzar hacia un consenso normativo básico.

Estas lecturas sobre la historia de la planeación urbana abarcan una gama amplia de enfoques metodológicos y disciplinarios: arquitectura, historia del arte, antropología, sociología, ciencia políti-

ca e historia. La riqueza del campo se deriva de la yuxtaposición de aspectos estéticos, funcionales, políticos, culturales y ecológicos de la vida urbana. Sin embargo, precisamente dado este potencial para una comprensión inter y transdisciplinaria de la ciudad, este lector se queda de alguna forma esperando más. Uno siente que el campo sigue muy centrado en el ambiente construido. Otros temas cruciales, especialmente lo relativo a servicios urbanos y obras públicas, incluso los aspectos ecológicos y, nuevamente, la política de planeación, quedan marginados.¹⁰ Además, muchos estudios se centran en las ciudades pero no tratan necesariamente de la ciudad; en otras palabras, uno frecuentemente carece de una noción de desarrollo como totalidad y de cómo los temas dominantes de vivienda y diseño residencial se relacionan con una morfología general. Lo que sugiero es la necesidad de mantener en mente al sistema urbano como una entidad integral, incluso a pesar de que nos especialicemos, naturalmente, en algunos de sus elementos.

Quizá el mayor desafío que queda por delante es encontrar un equilibrio entre pluralidad y participación democrática, así como especialización profesional, por un lado, y la afirmación de una perspectiva de planeación integral, por el otro. En un momento cuando lo primero tiende hacia una multiplicidad de perspectivas y demandas, y, en consecuencia, hacia una concepción fragmentada de la "ciudad", es urgente insistir en lo segundo sin caer en las trampas en que cayeron los proponentes originales de esa visión. Si declaramos que enfrentamos algo muy complicado para abordarlo

10. Véase, por ejemplo, la síntesis que Martin V. Melosi hace en *The Sanitary City: Urban Infrastructure in America from Colonial Times to the Present*, Baltimore, 2000.

sistemáticamente, parafraseando a Kolson, nos la ponemos muy fácil y terminamos por abandonar un aspecto que, en efecto, constituye un pasado provechoso de la planeación modernista.

Finalmente, me gustaría comentar en relación con el aspecto geográfico y lingüístico de la historia de la planeación urbana. Ciertamente, la mayor parte de los paradigmas de planeación se originaron y fueron de gran influencia en las áreas geográficas que investigan estas lecturas: básicamente Europa Occidental, Estados Unidos y la Gran Bretaña con sus dominios. Sin embargo, la ausencia de otras zonas fuera de la región noratlántica es impactante. No se trata sólo de ser incluyente, de hablar un poco respecto de otros continentes, sino que hemos dejado fuera aquellas regiones donde el desarrollo urbano del siglo XX ha sido más dinámico, cuando no explosivo, y donde, en consecuencia, la naturaleza de la planeación ha sido primordial. ¿De qué manera un país como México —apenas un poco, o quizá no tan poco, al sur de Estados Unidos— ha adoptado y transformado los enfoques de planeación modernista? Ciertamente, una investigación como esa sería muy fructífera, incluso si

sólo ofreciera una comparación con la experiencia de Estados Unidos.¹¹ El caso mexicano plantea otro aspecto central. La tipología que hace Ward respecto a la difusión internacional de las ideas de planeación sigue suponiendo un flujo unidireccional que va de las regiones con mayor poder hacia las regiones con menos poder.¹² Y, de todas maneras, en términos celulares, una difusión molecular constituye un equilibrio bi-direccional, incluso cuando la totalidad del flujo se mueve en una sola dirección. En otras palabras, tenemos que examinar con mayor detenimiento cómo los “países en desarrollo” —insisto, lugares que han sido los “urbanizadores” más fuertes en el siglo XX— han contribuido a la constante reformulación de las ideas y prácticas de la planeación.¹³ En última instancia, acometer dicha tarea implica superar las barreras del lenguaje y fomentar los contactos académicos a través de regiones que no necesariamente están acostumbrados a lo mismo. En términos específicos, muchas de las aportaciones que aquí se presentan podrían beneficiarse con la consulta de más textos en un idioma distinto al inglés y publicadas fuera del centro de la región noratlántica.

11. Algunos periódicos importantes sobre estudios urbanos en América Latina son *Edificar*, Mérida, Venezuela, Centro de Estudios Históricos de Arquitectura “Alfonso Vanegas” (www.maxwell.syr.edu/geo/); la *Revista de Urbanismo*, Santiago, Chile, Facultad de Planeación Urbana, Universidad de Chile, (<http://revistaurbanismo.uchile.cl/>); y, por supuesto, este Anuario.

12. Ward examina el intercambio bi-direccional de planeación entre Europa Occidental y Estados Unidos, pero no lo hace con otras regiones.

13. Hall (Freestone) menciona brevemente cómo las prácticas de autoconstrucción de vivienda en las periferias pobres de las ciudades de América Latina inspira el reavivamiento general de las estrategias de planeación cuya dirección va de “abajo hacia arriba”.